

reseñas

EL MEJOR DE LOS TÍTULOS¹

Una revolución en la visión de la historia del agua en México

María García Acosta

La historiografía del agua en México se inicia con el siglo XX, está ligada a los planes y proyectos gubernamentales, y es elaborada por constructores y cronistas. Estos trabajos trascendían el porfiriato y la Revolución, y veían el uso de agua para riego como uno de los pilares para el desarrollo económico nacional (Herrera y Lasso, Palacios, Gayol, Orive Alba y López Zamora).

Un segundo momento historiográfico está representado por los estudios producidos entre 1950 y 1980, los cuales se ocuparon de revisar los procesos históricos, dieron una visión más crítica y desarrollaron las primeras interpretaciones arqueológicas, etnohistóricas y antro-

pológicas del pasado virreinal y prehispánico (Wittfogel, Armillas, Wolf, Palerm, Murphy y Boehm). En los años noventa, las obras de Kroeber y Aboites encabezan una amplia línea de nuevos trabajos que sigue incrementándose, en los que se discute la relación entre irrigación, economía, estratificación social y política. Dentro de ellos, se ubica este libro de Martín Sánchez Rodríguez.

¹ Martín Sánchez Rodríguez, «El mejor de los títulos». *Riego, organización social y administración de recursos hidráulicos en el Bajío mexicano*, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Guanajuato, México.

RESEÑAS

Antes de hablar propiamente del texto de Sánchez, debo referirme a algunas reflexiones que explican su la importancia. Brigitte Boehm —pionera de este tipo de estudios y formadora de un equipo interdisciplinario de investigación sobre la cuenca Lerma-Chapala-Santiago en El Colegio de Michoacán— dice, con preocupación, que la literatura historiográfica sobre obras y proyectos de regadío agrícola y de abasto de agua a ciudades e industrias en México era más abundante en las zonas de mayor inversión para el desarrollo económico, pero atendía más a los propósitos y resultados del mismo desarrollo, y mucho menos a los cambios en el uso y manejo del agua en la obra hidráulica.

Boehm agrega que a pesar de que el Centro-Occidente de México es una de las regiones en las que prácticamente todas las fuentes de agua han sido intervenidas para aprovechamientos industriales, urbanos y agrícolas, resulta sorprendente y aun paradójico que sus cuencas, entre ellas la del Lerma-Chapala-Santiago —que en su fase bajo Lerma irriga el bajío—, se encuentren pobremente representadas en los estudios históricos sobre la irrigación y el abasto de agua en México.

Es indudable que la obra de Sánchez contribuye a un mayor conocimiento sobre la cuenca del Lerma, sus implicaciones tecnológicas, sociales y políticas en el área abajeña, la cual resulta mejor conoci-

da por su impacto protagónico en la economía de uno de los mayores virreinos españoles. Este conocimiento del bajío ha focalizado la riqueza, aunque no suficientemente, en aquellos factores en que ésta se basó.

Morín, Brading, Florescano, Picó, Tutino, Wolf, Miller, entre otros, han proporcionado varias explicaciones sobre recursos como la minería, tenencia, uso y mercado de la tierra, así como de sus aspectos demográficos y agroganaderos, comerciales e industriales. La gran producción cerealera, vinculada a la minería, ha sido asociada a una explosión demográfica que significó un factor de presión sobre los recursos tierra y agua, fenómeno que caracterizó la vida del siglo XVIII abajeño.

Sin el recurso del agua y los sistemas hidráulicos, sería impensable la riqueza que diera fama a esta región como granero de la Nueva España. Sin embargo, de su historia hidráulica, poco se sabía. El estudio de Murphy sobre irrigación en el bajío fue el primero en tratar el tema, señalando que la construcción de los primeros sistemas de irrigación fue realizada por los pequeños y medianos propietarios entre los siglos XVI y XVII, pero que el desarrollo puntal de estos sistemas hidráulicos se debió a las grandes inversiones agrícolas de los mineros guanajuatenses en el momento del auge de la plata, hacia mediados del siglo XVIII.

MARÍA GARCÍA ACOSTA

En su análisis, Murphy prevé ciertos aspectos de los sistemas de riego abajeños, pero no se ocupó de sus características. En cambio, Martín Sánchez aborda el problema abriendo la perspectiva específicamente sobre las distintas tecnologías del agua en la región y la organización social de los regantes ante la intervención del estado, cualificando la parte social y política implicada.

El autor logra posicionar al estado virreinal y al posterior estado mexicano frente a hombres concretos, mostrando el tipo de relaciones cotidianas e institucionales que el agua suscitó a lo largo de casi 350 años en la región abajeña. Visualizar los acuerdos de los habitantes entre sí frente a la presencia del estado como agente de control no es una tarea fácil. Sin embargo, Martín Sánchez recrea ese diálogo de siglos en torno al agua, estableciendo que el control, uso y distribución del líquido representaba una autonomía local. Autonomía que mostró su eficiencia durante los siglos virreinales, cuando los abajeños, haciendo uso de las formas tradicionales de organización vecinal —basadas en la autogestión y ciertos ordenamientos de la autoridad virreinal—, levantaban las obras hidráulicas a su costo y disponían del recurso tras acuerdos perceptiblemente más horizontales y corporativizados que dictaban o reforzaban la cohesión social.

De esta autonomía pasarían luego a una subordinación frente al gobierno federal, en un manejo del agua quizá no tan eficiente y, al parecer, más vertical, que instaure prácticas individualistas propias del liberalismo, lo que alteraría la cohesión social como expresión de las formas de organización tradicional de las comunidades y los pueblos. A partir de 1888, el estado porfiriano, promotor de una economía capitalista de mercado, en la que incluirá nuevos costos y una nueva legislación para el uso del agua, tenderá a convertirla en un recurso patrimonial, asequible para aquellos usuarios de mayor capacidad económica.

Posteriormente, desde 1917, el estado posrevolucionario tratará de rescatar dicha concesión patrimonialista y buscará ejercer un control mayor, instaurando la llamada *federalización de las aguas*, creando los distritos de riego, reformando y, muchas veces, destruyendo el antiguo sistema hidráulico.

El modelo que el gobierno federal siguió en este valle en los años posrevolucionarios pretendía, como en el resto del país, modernizar la agricultura, intensificando cultivos comerciales e introduciendo una serie de innovaciones tecnológicas. Sin embargo, la creación de nuevos distritos o sistemas de riego derivó en una más complejizada relación, no sólo por el conflicto entre el gobierno, el recurso del agua

RESEÑAS

y los usuarios, sino porque a ello se sumó la disminución acelerada del recurso.

Este trabajo de largo aliento —por el periodo que cubre— se vio doblemente enriquecido por la profundidad que tuvo al desentrañar las particularidades del proceso en el valle celayense. Con una visión que va de lo particular a lo general, lo que parece ser un estudio de caso se convierte, al mismo tiempo, en una interpretación de amplia envergadura.

El autor concluye la observación sobre aspectos específicos del uso y aprovechamiento del agua, focalizando el sistema de *entarquinamiento* —que consiste en aprovechar las aguas torrenciales cuyas precipitaciones no podían ser previstas, pero sí almacenadas en superficies bordeadas, captando también todo el arrastre de materia orgánica que servía como abono para las tierras—.

Esta modalidad —conocida también como *cajeo*, *aniego* o *enlame*— es detectada por el autor, primero, en el área celayense y, luego, en el resto del bajío, como práctica eficiente de riego y cosecha de agua pluvial. Estudios posteriores han mostrado que las particularidades de esta forma de riego dejaban de ser tales al compararlas con los procesos seguidos por el resto de las zonas bajas irrigadas por el río Lerma en el Estado de México, Querétaro, Jalisco y Michoacán, donde el *entarquinado* se empleó

hasta bien avanzado el siglo XX. Incluso, se utiliza actualmente en el bajío zamorano, además de Zacapu y Yurécuaro.

Estas reflexiones llevaron al autor a buscar con gran diligencia el origen de ese modelo de irrigación, logrando ubicarlo en regiones tan distintas y distantes a la mexicana, como las grandes extensiones cerealeras del río Nilo, en el antiguo Egipto.

Esta línea de trabajo ha representado para Martín Rodríguez acceder a un conocimiento especializado que le permite mostrar que el sistema de cajas de agua o *entarquinado* ha estado ausente, sobre todo, en las referencias al panorama agronómico e hidrológico mexicano y en las formas de riego abajeño en la segunda mitad del siglo XX, pero no en la práctica de los regantes de una parte de la región michoacana —incluso de la Comarca Lagunera al norte del país—, pese a las nuevas disposiciones para la irrigación.

Este punto constituye, sin lugar a dudas, una valiosa veta que el autor supo descubrir y analizar como hilo conductor para inferir, comprender y comunicarnos, de manera clara, la naturaleza de las formas de riego mexicanas y el uso de las aguas torrenciales, que el ojo de la modernidad no ha sabido ver. No sólo en lo que se refiere a las prácticas de las instancias gubernamentales, sino aun en una parte de la población que parece ha-

MARÍA GARCÍA ACOSTA

berlas olvidado, desde hace algunas décadas.

Las corrientes de conocimiento que se abordan en este libro permiten revolucionar la visión de la historia del agua en México. De su lectura se desprende la pertinencia de retomar ciertos elementos de modelos hidráulicos, probados por siglos

de eficiencia, frente a los cada día más vulnerados métodos de administración y control de los sistemas no sólo de riego, sino también de los de dotación de agua al ámbito urbano e industrial, y la apremiante alimentación de los mantos freáticos en el Centro-Occidente mexicano.